

LA RATIO DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIOLÓGICO

1. La sociabilidad de la vocación presbiteral

En la *ratio* la vocación presbiteral aparece como una vocación que se debe vivir en todo momento, desde sus inicios, en convivencia, relacionándose con los demás, de tal manera que el *humus* de la vocación lo constituye la comunidad: el seminarista proviene de ella, para ser enviado a servirla (n. 90) De este modo tiene como referencia a lo largo de todo el proceso a una porción concreta del Pueblo de Dios (1. Int.). Veamos cada uno de los pasos de este proceso:

a) La vocación se descubre y es acogida en el seno de una comunidad (3. Int.).

Haciendo referencia al seminario menor se dice que se ha de contar con el apoyo de la comunidad parroquial de origen (n. 23). ¿Por qué hablando del seminario mayor no se dice lo mismo?

b) Se forma en el seminario, en el contexto de una comunidad educativa (3. Int.)

Entre las cuatro dimensiones que constituyen la formación integral del seminarista se menciona la dimensión humana (1. Intr.). A ella pertenecen varios aspectos de la persona con un claro carácter social: en el seminario menor se ha de prestar atención a la predisposición a vivir en comunidad y la capacidad para cultivar amistades fraternas (n. 20), y al crecimiento de actitudes de servicio, de disponibilidad hacia los demás (n. 21); y en el mayor se ha de mejorar la capacidad relacional, de modo que pueda contribuir a la edificación de la comunidad en la que vive (n. 94-95).

Además, se dice que el seminarista está llamado a “salir de sí mismo” hacia los demás (n. 29) corrigiendo la incapacidad de escucha y el individualismo, nombrado tres veces (n. 42, 52 y 63).

El desarrollo de estas cualidades como del resto que forman parte del proceso de formación integral se realiza dentro de un clima comunitario, la comunidad del seminario, la cual se implica en su formación (n. 90) y ha de constituir una familia (n. 52) que está abierta a favorecer la relación del seminarista con el resto de la comunidad cristiana: el Obispo, los hermanos presbíteros y los fieles (n. 50). Es esta comunidad, el Obispo, los sacerdotes, los profesores (n. 140), los especialistas n. 145), la familia (n. 148), la vida consagrada y los laicos, destacándose entre ellos el papel de las mujeres (n. 151), los que colaboran en la formación del seminarista. Se echa de menos que se mencione también la aportación que puede hacer la sociedad en general a esta formación, como aplicación práctica de la GS 44, donde la Iglesia reconoce la ayuda que recibe del resto de la sociedad. Esta ayuda se podría concretar en tener en cuenta a especialistas no creyentes o a la sociedad civil organizada, valorada por la doctrina social de la Iglesia en el principio de subsidiariedad, a la que puede conocer el seminarista a través de su participación en alguna asociación, de voluntariado, de derechos humanos, de defensa del medio ambiente, más generalista.

c) Con el objetivo de que llegue a formar parte de la “familia” del presbiterio (3 Intr.).

Al pasar a la etapa del sacerdocio se reconoce que el primer ámbito de la formación permanente es la fraternidad presbiteral (n. 82): el nuevo presbítero ha de ser capaz de establecer relaciones de colaboración (n. 83) y los que llevan varios años no han de aislarse ante los desafíos que surgen (n. 84). Para favorecer esta fraternidad el sacerdote ha de purificar toda forma de individualismo (n. 87). Se propone participar en alguna forma de vida en común (n. 83), poner la mesa en común, pertenecer a alguna asociación sacerdotal o tener encuentros fraternos donde realizar diversas actividades (pero entre los temas que se proponen no aparecen por ejemplo el analizar un tema social o hacer lectura creyente del mismo (n. 88)).

d) Al servicio de una comunidad concreta (3. Intr.).

Toda la formación ha de capacitar al seminarista para el “don de sí mismo a la Iglesia”, ser pastores “con olor a oveja”, que vivan en medio del rebaño para servirle (3. Introd.), capaces de amar a la gente con un corazón nuevo, con entrega total (n. 39).

En concreto, en la etapa pastoral, el candidato al sacerdocio se ha de insertar en la vida pastoral con espíritu de servicio (n. 74) en una comunidad concreta (n. 75-76), y una vez ordenado, se advierte de que el sacerdote no debe preocuparse obsesivamente por crearse espacios exclusivos para sí mismo con la consecuente falta de disponibilidad a las necesidades del pueblo (n. 84).

2. Relación de los seminaristas y presbíteros con la sociedad

El presbítero participa del espíritu misionero perteneciente a la comunidad cristiana (n. 12) así como vive una identificación personal con Jesús, el cual destaca por su proximidad a la gente (n. 36), sin excluir a nadie (n. 91), y se conmueve ante las necesidades humanas (n. 89).

Por lo tanto, el seminarista se ha de preparar para ir en busca de las ovejas que están fuera del redil (n. 69), anunciar el Evangelio respondiendo a las exigencias e interrogantes profundos de nuestro tiempo (n. 40), ser hombre de misión y de diálogo (n. 41) y sentir la misma compasión por todos, tal como demanda la caridad pastoral (n. 119).

A la hora de elaborar la *ratio nationalis* se pide que la formación prepare para afrontar los retos de nuestro tiempo (n. 7), que en ella se incluya una descripción del contexto social y cultural (n. 7) y que se tengan en cuenta las características y exigencias del propio ambiente socio-educativo (n. 8).

Esta sociedad ha de estar presente en todas las etapas y dimensiones de la formación. Así, en el seminario menor los seminaristas han de mantener la relación con sus coetáneos (n. 23) y en el mayor el seminario ha de abrirse a acoger diversas realidades: familias, jóvenes, estudiantes y pobres, y estar dispuesto a compartir con ellas (n. 52).

En cuanto a las dimensiones de la formación, en la humana los seminaristas han de estar en contacto con los *mass media* y las redes sociales (n. 97), y conocer y apreciar el mundo femenino (n. 95).

En la formación espiritual se ha de lograr llevar en el corazón a los más pobres y débiles (n. 111), y desarrollar la acogida de todos, especialmente hacia los alejados (n. 115). Es de señalar que entre los medios que se proponen para desarrollar esta formación aparece el hacer discernimiento y lectura creyente de la vida personal (n. 43), pero no la lectura creyente de la realidad ni hacer discernimiento de la realidad social donde se vive.

En cambio, en la intelectual, se dice que ha de haber una buena introducción a las ciencias sociales e históricas que ayuden a auscultar, discernir e interpretar los lenguajes de nuestro tiempo y juzgarlos a la luz de la Palabra de Dios (n. 116) y a aprender a escrutar los signos de los tiempos (n. 117), para así anunciar el mensaje del Evangelio de modo comprensible al hombre de hoy y entrar en diálogo con el Mundo contemporáneo. Da la sensación como si se estableciese una dicotomía entre el discernimiento individual, perteneciente al ámbito espiritual y el social, al intelectual.

Al describir los distintos estudios que constituyen esta formación intelectual se solicita que se tengan en cuenta las investigaciones filosóficas de nuestro tiempo, de modo que los seminaristas, conscientes de los rasgos característicos de la sociedad, estén preparados para el diálogo (n. 159) ya que la filosofía es terreno fértil para dialogar y confrontar con los no creyentes (n. 161). Además, se ha de prestar atención especial a las relaciones entre la filosofía y los verdaderos problemas de la vida (n. 164). También se ha de prestar atención a las ciencias humanas, como la sociología, para facilitar el que se tenga un juicio sereno y equilibrado sobre las personas y las situaciones (n. 163).

En los estudios teológicos, la dogmática ha de enseñar a interpretar y afrontar las situaciones de la vida a la luz de la Revelación, percibiendo las verdades eternas en las condiciones cambiantes de la

realidad humana, la fundamental ha de tener en cuenta los elementos de orden histórico y sociológico que ejercen un influjo sobre la vida cristiana (n. 168), la teología pastoral ha de ayudar al discernimiento evangélico sobre la situación socio-cultural (n. 170), la doctrina social de la Iglesia ha de llevar a una mayor conciencia de la realidad y a una lectura evangélica de las relaciones humanas, sociales y políticas (n. 172), la historia de la Iglesia debe tener en cuenta la concreta situación social, económica y política, y las formas de pensamiento que han influido en cada época (n. 173), y se ha de fomentar el estudio del ecumenismo y la historia de las religiones, especialmente las más difundidas en cada país (n. 175). Más allá de estas materias se propone ampliar la formación teniendo en cuenta las características históricas y culturales (n. 118).

Por último, la dimensión pastoral ha de capacitar al seminarista a descubrir la acción de Dios en el corazón y en la vida de los hombres: ser capaz de una escucha profunda de las situaciones reales, porque la verdad germina en la vida real del hombre y en los signos de la historia, de hacer una lectura profunda de la realidad entrando en los contextos vitales, de interpretar los condicionamientos en los que las personas se mueven, aprendiendo a hacerles diversas propuestas a su situación, estando atento al ambiente socio-cultural que rodea a los fieles (n. 120).

Además, el seminarista ha de ser capaz de dialogar con todos, incluyendo los no practicantes, no creyentes y los que son de otra religión, comprendiendo sus anhelos. Para ello se les ha de enseñar a crear nuevos “espacios” que ayuden a encontrarse con quienes no comparten la fe (n. 121).

Siendo ya sacerdotes, la formación permanente ha de responder a su disponibilidad a ser capaces de leer la vida y los acontecimientos a la luz de la fe (n. 56) y a que la cultura contemporánea exige apertura y actualización por parte de ellos (n. 84).

3. Cómo se percibe la sociedad al entrar en contacto con ella

Hay un desequilibrio en el documento entre el uso de adjetivos positivos y negativos al hablar de la sociedad. Así, como menciones positivas se encuentra el reconocer el valor de aspectos culturales en la formación del seminario menor (n. 22), el ver el contexto de creciente movilidad como una oportunidad para formarse en misionología y promocionar el anhelo evangelizador (n. 171), reconocer la aportación que ha hecho la sociedad a la profundización del concepto de formación permanente (nota 110), mirar con confianza las posibilidades ofrecidas por la realidad digital para la evangelización (n. 98) (aunque se avisa de los riesgos (n. 99)), y valorar positivamente la aportación de la familia al proceso vocacional (aunque se reconoce que puede haber situaciones donde no se acepte la vocación sacerdotal o haya expectativas erróneas sobre ésta (n. 156)).

En cuanto a las menciones negativas aparecen las siguientes: se dice que los sacerdotes no deben comportarse como los cargos de las instituciones humanas, las instituciones de la sociedad, donde éstos buscan el aplauso popular (n. 33). Al situarse ante lo sociedad actual no se habla de encontrar oportunidades en ella, sino de retos (n. 84) y desafíos (n. 175 y 187) que presentan la realidad actual. Cuando se hace referencia a la cultura actual se dice que comporta diversas problemáticas (n. 84): está marcada por la indiferencia religiosa y la desconfianza en la capacidad de la razón para alcanzar la vida objetiva, en ella existen problemas y nuevos interrogantes provocados por los descubrimientos científicos y tecnológicos (n. 153). Se destaca que en ella emergen la economía de la exclusión, la idolatría del dinero, la iniquidad que genera violencia, el primado del aparentar sobre el ser, el individualismo posmoderno y globalizado, y la realidad del relativismo ético y la indiferencia religiosa (n. 175), y en ella está muy difundida la exaltación del subjetivismo (n. 158), y están presentes la cultura gay (n. 199) y el problema ecológico (n. 172). Al hablar de la influencia de la sociedad en los presbíteros se mencionan el dar espacio indebido a las propias necesidades y buscar

compensaciones y “otros condicionamientos socio-culturales” que pueden dificultar la entrega total del ministerio (n. 84). Por último, al proponer que se haga una lectura profunda de la realidad teniendo en cuenta los contextos vitales se destaca que se tengan en cuenta aquellos que pueden ser unos obstáculos que a veces hacen problemática la existencia (n. 120).

Si se ha hablado antes de descubrir los signos de los tiempos, la presencia de Dios en la historia, y de fomentar el diálogo con la sociedad ¿por qué no se describe también la sociedad actual desde sus aspectos positivos, lo que favorecería el descubrir la acción de Dios en ella y por lo tanto poder encontrar puntos de encuentro con ella para poder dialogar; por qué no se habla de lo que te pueden aportar los demás en ese diálogo?

4. La *ratio* y diferentes características de la sociedad actual

- En una sociedad que está cambiando continuamente y que exige por lo tanto, una innovación continua en los trabajadores, el concepto de formación permanente está en conexión con esta característica, y así la misma *ratio* agradece lo que la sociedad ha aportado a este tema.
- En una sociedad que ve un buen medio para estar preparado y hacer frente a los cambios continuos la adquisición de un capital social, relaciones que te puedan ayudar, conexiones en medio de esta sociedad red que te puedan permitir trabajar con ellas para responder a esa necesidad, la *ratio* conecta con este fomento de relaciones y contactos, más en el seminario que una vez ordenado, pero no se cuenta con lo que pueden aportar no creyentes o creyentes de otras religiones, las acciones, iniciativas que se pueden realizar con ellos, con lo que ese capital social se empobrece.
- En una sociedad que cambia constantemente se hace difícil la fidelidad para toda la vida, en este caso al ministerio. No aparece este problema entre los que se dice que afectan a los sacerdotes que llevan varios años de ministerio (n. 84). Es curioso que la “dificultad para cambiar” se cite entre los condicionamientos socio-culturales, cuando la sociedad a lo que invita es a lo contrario, a cambiar.
- En una sociedad que fomenta la autonomía y la creatividad de la persona, sólo se habla de estimular la iniciativa y la creatividad en el menor (n. 20). No se dice nada de ello en el mayor y cuando ya se es sacerdote.
- En una sociedad que valora el testimonio de las personas, que sean creíbles, la *ratio*, dice que el pueblo cristiano es especialmente sensible al testimonio evangélico (n. 180) y al hablar del cultivo del espíritu de pobreza, comenta que los seminaristas han de asumir el espíritu de los apóstoles y dar testimonio de pobreza para que lleguen a ser sinceros y creíbles promotores de una verdadera justicia social (n. 111).
- En una sociedad multicultural, multirreligiosa y secularizada, donde hay que estar preparado para entrar en contacto con gente muy diversa, la *ratio* reconoce esta realidad y propone tender puentes, crear espacios de diálogo, pero la visión de la sociedad que se transmite destaca demasiado sus aspectos negativos frente a los positivos, como si poco o nada se pudiera esperar de ella. Esta actitud por lo tanto, puede dificultar hacer realidad la disposición al encuentro y al diálogo con la sociedad que anima la *ratio*, ya que ésta ha de partir de estar dispuesto a descubrir elementos de verdad en las opiniones ajenas (ES 77) y por lo tanto de apreciar todo lo verdadero, bueno y justo que hay en la sociedad (GS 42) y que nos puede aportar el diálogo con ella.